

Pilar Caicedo Estela

# MI PAPÁ ( Y ANDRÉS )

La relación de Andrés Caicedo con su padre nunca fue fácil. Tenían dos concepciones y expectativas del mundo, y de ellos mismos, bien diferentes.

Carlos Alberto Caicedo venía de Popayán de un ambiente cerrado, con conceptos sobre los hijos y las obligaciones con la familia, alejados de la realidad en la que creció y sobre la que leyó y escribió su hijo Andrés.

Sin embargo, un tema que los unió, o más bien, les permitió conversar sin cho-

car, eran los sueños. Nunca supe por qué, o que significado tenía para ellos, pero recuerdo se contaban sus sueños y discutían si se soñaba en colores o en blanco y negro. Quizá Andrés ya miraba los sueños como una película.

Para la muestra un botón... una carta que le escribe mi padre a Andrés en 1.974

El inicio...

set 27/74

Andrés:

La última vez que estuvimos hablando, y al despedirnos, tratamos un tema sobre el sueño. No recuerdo si al día siguiente o esa misma tarde, al hacer un "rodeo" de recuerdos y ensañaciones, viro a mi memoria un ejemplo que en los textos de literatura es muy citado, ~~para explicar~~ para hacer notar el uso correcto de la repetición de una palabra en forma tal que no sólo es de una gran cadencia musical sino y especialmente, de hondo significado peyprativo y dice hasta donde mi memoria recuerdo:

De lo que sueño en el soñar del día,  
al soñar de noche me despierto  
y de un sueño a otro sueño que convierto  
cuando sueño que el sol mi sueño espía.

del doble sueño vivir en armonía ...

.....

.....

del cual despertare cuando haya muerto  
sino sigo soñando tpavía

Y el final...

Bueno Andrés, talvez me despierte del sueño o voy a soñar en otras cosas.

Te Abrazo

Carlos

Mucho se ha dicho y escrito sobre las actitudes, enfrentamientos, discusiones, ires y venires de ellos dos, por eso quiero resaltar hoy aquí, algo distinto y es la actitud que el padre asumió, cuando le tocó afrontar la prueba más dura para un ser humano: el suicidio de su propio hijo.

Lo más sencillo quizá hubiera sido la negación, actitud que tomó la madre, a tal punto que nunca dijo: **el día que Andrés se mató**, o, **se murió** sino, **el día que Andrés se fue**.

Mi madre guardó todas las cosas del cuarto de su hijo, incluyendo la ropa, en un arcón de su casa. Déjenmelo quieto,

solía decir ante las múltiples ofertas de edición, estudios, publicaciones, filmación etc. Ya no podía hacer nada ante su novela *editada* ¡Que viva la música!, pero lo demás, lo guardaba celosamente en lo que en la familia siempre hemos llamado, El arcón de Andrés.

Por muchos años respetamos los sentimientos y deseos de nuestra madre, pero Carlos Alberto Caicedo era otra cosa. Por los laditos se le fue metiendo a la inconsolable madre hasta que un día se dio la bendición y abrió el arcón. Para esa fecha mi papá ya había leído y subrayado muchas veces ¡Que viva la música! y



*El atravesado*, encontrando de seguro, anécdotas y lugares comunes de la familia y de ellos dos. Tal vez buscaba entender, en esas letras, a ese hijo que se le fue antes de que él pudiera haberlo descifrado.

Para este adolorido padre, debió ser toda una sorpresa encontrar que Andrés, a pesar de haber vivido una vida bastante desordenada, era sistemáticamente ordenado para escribir y se hacía planes sobre cómo dividir el día y que le alcanzara el tiempo. En esa época no existían los computadores personales, pero Andrés escribía en su vieja máquina y utilizando papel carbón, dejaba copia de todas y

cada una de las cartas que mandaba, aún las más personales.

Cada película que veía, cada experiencia que vivía, la plasmaba en una hoja de papel. El arcón resultó contener todo un tesoro de donde Carlos Alberto, sacó anotaciones, escritos, cartas, cuadernos, revistas, libros y fotos. Con la minuciosidad de contador que tenía, lo catalogó y ordenó todo. Llamó después a Luis Ospina, uno de los más cercanos amigos de Andrés, para preguntarle él que creía que se podía hacer con esa obra “escondida”. Luis asumió entonces la tarea de editar la obra junto con Sandro Romero

quien, a pesar de que nunca fue amigo de Andrés (no sé si le conoció en persona) estaba muy interesado en conocer más de su obra.

Esa obra salió a la luz, gracias el apoyo incondicional de mi padre, quien supo convertir su dolor y sus culpas en una gestión creativa de la obra de Andrés Caicedo. Apoyado siempre por lo que él llamaba su Junta Directiva, - sus tres Marías -, María Victoria, María del Pilar y María del Rosario. Pero fue Vickie, la única de las tres hermanas que en ese tiempo vivía en Cali, ya que Rosario y yo estábamos fuera de Colombia, la que tuvo el honor de acompañarlo en su trasegar por las editoriales, respaldarlo en los múltiples conversatorios que empezaron a surgir en la Universidades y la presentación de su obra en el Teatro Matacandelas de Medellín. Vickie estaba siempre allí para tomar la palabra cuando a ese viejo le subía el dolor a la garganta y se le quebraba la voz. Fue un trabajo dedicado y amoroso, y fue por él que hoy el mundo conoce sus palabras, tal como Andrés siempre quiso. *“Dejo algo de obra y muero tranquilo”*.

Sin embargo, la tarea de mi padre no terminó allí. Siguió leyendo sus escritos, estudiando su prosa y promocionándola todos los días de su vida. Tuvo el gran

placer y generosidad de donar no sólo los papeles y manuscritos originales, sino la biblioteca personal de su hijo y su colección de afiches de cine, a la Biblioteca Luis Ángel Arango, entidad a la cuál mi padre siempre había admirado como el lector insigne que era. Allí reposan, para consulta de los estudiosos y seguidores, esas palabras que un muchacho caleño escribió durante su corta vida y que se han convertido en el testimonio de toda una generación.

Carlos Alberto Caicedo, era un enamorado de la gramática y por eso durante muchos años mantuvo en periódicos caleños una columna llamada “Fisgoneo”, en la cual escribía sobre errores encontrados en los artículos y los columnistas, resaltándoles el error y explicando cómo era la forma correcta. Esos “Fisgoneos” siempre los terminaba con un *“versito”* como él decía. Se consideraba un poeta y creyó que la poesía era el género que mejor se le daba. En ese trasegar de su dolor, le escribió durante los treinta y tres años que lo sobrevivió, varios poemas a Andrés. Hoy destaco aquí uno muy bello en el que nuevamente está presente el tema de los sueños. Quizá, la forma que le quedó a ese padre para encontrarse con su hijo.

## ***Incertidumbre***

Al recuerdo de mi hijo, Andrés Caicedo  
Para Patricia Restrepo

*Hoy he vuelto a soñar  
con esa incertidumbre  
de las cosas ignotas y distantes.  
Te he vuelto a comprender en la distancia,  
distante en la lejanía. He vuelto a estar contigo.  
Te fuiste  
dejando en mí eternamente  
toda la incertidumbre de las horas vividas  
en la lejana calidad del silencio,  
mitad de la existencia.*

*La vida es así: un paso que los años  
distantes y lejanos nos revelan la incertidumbre  
de las horas tristes y perdidas  
de una alba eternidad,  
y yo te comprendo, te admiro y te respeto  
con mi alma paternal adolorida,  
contrita, triste y pensadora, y eternamente grande  
y somnolienta*